LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO IX — BARCELONA 3 DE FEBRERO DE 1890 — NÚM. 423

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

S. M. EL REY DE ESPAÑA ALFONSO XIII
copia de una fotografía de Debas

El vivísimo cuanto natural interés con que España entera ha seguido el curso de la reciente enfermedad del augusto niño, asociándose á las zozobras que por espacio de tantos días han lacerado el corazón de su digna madre y abriendo con ella el ánimo á la esperanza, según las alternativas que presentaba la dolencia, nos ha inducido á publicar un retrato del pequeño monarca español. De su exacto parecido es prueba irrecusable el ser copia fiel de uno de los últimos retratos fotográficos de Alfonso XIII hecho por el señor Debas, tan experto en su arte.

Al contemplar el rostro de ese niño que ya en su tierna infancia lleva impreso el sello de una precoz reflexión y al que hace más simpático el tinte de prematura gravedad que en él se advierte, compréndese la ansiedad con que se procuraban adquirir frecuentes noticias de la marcha de la dolencia, así como la compasión que á todas las almas generosas inspiraba el dolor de la Regente, á quien, tanto como á la ciencia, debe España la conservación de su monarca.

Siempre despiertan lástima y conmiseración los afanosos desvelos y la aflicción con que toda madre ve al hijo de sus entrañas próximo á perder la vida, pero cuando esta madre es tan ejemplar como doña María Cristina, y este hijo una criatura inocente, aquellos afectos se convierten en admiración por la mujer y en gratitud á la reina que con su solicitud ha contribuído á salvar al príncipe en quien todo un pueblo tiene puestas sus esperanzas.

DANZA DE LAS ESPADAS EN MONTENEGRO
cuadro de P. Joanovich

Los montenegrinos son un pueblo sumamente sobrio y contentadizo, porque su pobre país, árido y montañoso, nada les ofrece de cuanto constituye el regalo de la existencia. Así que sólo el trabajo y la guerra sean la base sobre que asientan todas sus ilusiones, y de aquí que su principal orgullo consista en ostentar siempre sus armas perfectamente limpias y bien conservadas, armas que para el montenegrino constituyen su principal adorno, y de las que jamás se separa, llevándolas consigo lo mismo cuando se halla entregado al duro trabajo de cultivar la tierra que cuando reposa de las fatigas del día. Siendo esto así, á nadie extrañará que este pueblo celebre los sucesos para él más memorables, como son el nacimiento de un heredero del trono, el matrimonio de una princesa, ó el fin de una campaña victoriosa, haciendo gala de su destreza en el manejo de las armas y de su carácter belicoso, ejecutando la tan conocida cuanto pintoresca danza de los yataganes, y tantos otros simulacros del mismo género. Nuestro grabado representa un animado grupo de montenegrinos contemplando la danza de las espadas, que ejecuta un viejo con verdadero vigor juvenil. Basta contemplar sus expresivos y duros rostros, su mirada magnética y sus miembros robustos y vigorosos, para comprender que estos hombres jamás se someterán al yugo del extranjero.

GENIO Y FIGURA....., cuadro de Pietro Salvini

El vejete de este bello cuadro podrá haber perdido en gran parte la figura de su edad juvenil, mas á juzgar por la afición con que dirige chicoleos á la no despreciable Maritornes de la posada y á la fruición con que parece tocar su brazo, más ó menos mórbido, ha conservado el genio tan lozano como en sus verdes años. Este inocente desliz del anciano no debe ser muy del gusto de su venerable esposa, que si á su vez ha perdido también algo de la figura, conserva en cambio no menos entero el genio poco sufrido que debe haberla distinguido siempre, pues le llama al orden dirigiéndole con la punta del zapato, por debajo de la mesa, una sentida insinuación para que se abstenga de propasarse con la fruta del cercado ajeno, por sabrosa que sea.

El asunto de este cuadro es de un realismo simpático, y como los tres personajes que en él figuran están trazados con la soltura y expresión que son indispensables á los cuadros de género, y además el grabado hecho con tal maestría que ha dado nuevo realce á la obra del pintor, se le contempla con gusto.

LOS NIÑOS Y EL CORDERO, cuadro de Rubens

El original del encantador grupo que reproduce nuestro grabado se encuentra en el Museo imperial de pinturas del Belvedere de Viena.

El asunto, cuya delicada sencillez no puede expresarse en toda su grandeza, no necesita explicación, como tampoco necesita encomios su ejecución artística. Basta el nombre del gran maestro flamenco para comprender la importancia de cualquiera de sus obras. Su fantasía, que abarcó todo el mundo sensible; el horizonte que vislumbraron sus ideas artísticas y la grandiosidad de sus composiciones, nos los manifiestan sus numerosísimos cuadros con sus grandes rasgos característicos, muy por encima de cuantos tratan asuntos históricos, religiosos y mitológicos. Generalmente suélese recordar, junto con

S. M. EL REY DE ESPAÑA



ALFONSO XIII

copia de una fotografía de F. Debas

el nombre de este artista, sus grandes cuadros y su fuerza creadora, y se olvidan aquellos en que representa escenas infantiles, alegres é ingenuas, de género, siendo así que no se manifiesta menos el talento creador de Rubens en éstos que en aquéllos.

Cuatro cuadros presentados en la Sección de Bellas Artes de la Exposición Universal de París

Los que representan nuestros grabados, debido el primero al pincel de la hábil retratista holandesa Mlle. Schwartze, el segundo, un Grupo de gatos, hecho por M. Lambert, el tercero titulado *Devoción*, diestramente trazado por M. Vallander, y el cuarto, el Laboratorio municipal de París, han llamado con justicia la atención por el armonioso conjunto de sus condiciones artísticas en el reciente certamen celebrado en la capital de Francia, donde tantas obras se han ofrecido á la admiración de los aficionados é inteligentes.

Puesto que éstos los han distinguido con su aplauso, nosotros no podíamos dejar de dar acogida á su reproducción por el grabado en las columnas de este periódico.

Por lo que toca á sus respectivos asuntos, son tan sencillos y se comprenden tan fácilmente, que nos relevan de toda descripción.

EL SUBMARINO PERAL

Según las noticias últimamente recibidas de las pruebas hechas en Cádiz con este buque submarino, el resultado ha sido lisonjero por demás y ha respondido cumplidamente á los propósitos y esperanzas del estudioso inventor. El *Peral* no sólo ha permanecido mucho tiempo sumergido, no sólo dispara torpedos con trayectorias admirables, sino que recorre por debajo del agua largas distancias tan absolutamente invisible que ni agita en su marcha la superficie de las ondas, ni con los mejores anteojos puede divisarse el sitio en que se encuentra. Nosotros, al aplaudir de todo corazón tan brillante éxito, que de tan cumplida manera responde á las constantes afirmaciones del autor, deseamos que se hagan sin tardanza las pruebas oficiales que sancionen definitivamente la utilidad y práctica de tan asombroso invento.

Por nuestra parte, coadyuvando en nuestra esfera á ofrecerlo á la pública admiración, además de los grabados insertos ya en otros números, incluimos en el presente otros dos que representan al torpedero submarino flotando en la superficie del mar y en el acto de sumergirse.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

EL CÁNTARO ROTO, cuadro de N. Bonnat

Si se ha de dar crédito al refrán, este cántaro debe haber ido tantas veces á la fuente que al fin se ha roto, lastimoso contratiempo que deja reflexiva, quizá por primera vez en su vida, á la pobre muchacha, la cual medita en las consecuencias que para ella pueda tener la rotura y en el modo de remediar la involuntaria falta.

En cambio, del autor del lienzo puede decirse que no es esta la primera vez que ha roto cántaros, ó, prescindiendo de metáforas, que su pincel ha manchado más de un lienzo, pues la figura de la joven italiana revela, en su aspecto, en su actitud, en lo marcadamente meridional de su tipo, y en toda su factura, un profundo estudio del natural así como un conocimiento perfecto de los toques y de sus efectos que acreditan á Bonnat de experto conocedor en el arte que profesa.

LAS TRES SAETAS

Así como en los pueblos de ambas Castillas, los labriegos que vuelven de sus faenas se entretienen en las largas noches del invierno, al calor del hogar, en leer, releer y comentar las hazañas de los *Siete Pares de Francia*, y sus victorias contra el almirante Balán y los gigantes Fierabrás y Ferragús; del mismo modo, con igual interés, y con mejor criterio (puesto que sus héroes no son exóticos ni casi fabulosos como los de la narración francesa) los montañeses catalanes recuerdan la verídica historia del conde Berenguer y de Torquil *el arquero*.

Hela aquí:

I.

En el año de 1083, el conde Berenguer de Barcelona, impulsado por su insaciable ambición y por la predilección que siempre tuvo hacia las comarcas valencianas, sitiaba la ciudad de Valencia. Las grandes obras de defensa que en ella había y la tenaz resistencia de sus habitantes, hicieron que se prolongara el sitio y que el sitiador esperase á rendirla por hambre.

Durante el cerco, el conde Berenguer pasábase cortas temporadas en el castillo de Denia, que había ya caído en su poder, y entretenía su forzada inacción en volar la cetrería en aquellas campiñas pintorescas.

Y en verdad que en el mes de abril del susodicho año, tal distracción no podía ser más agradable. El campo valenciano, en la primavera, tiene un encanto especial, no sólo por la amenidad de su vegetación sino por una especie de efluvio que despide y enerva apaciblemente al cuerpo é influye en la imaginación con voluptuosidad inexplicable.

Una mañana que el Conde, rodeado de sus cetreros, *levantaba* sus halcones y gerifaltes, acaeció un incidente, que demuestra una vez más, cuánto influyen en algunas ocasiones las causas pequeñas en los grandes resultados de la vida. Un halcón de la raza de los halebrandos, que aun no había *entrado en campaña*, y que por consecuencia permanecía con el capirote, deshízose de éste, no se sabe cómo, y emprendió un vuelo bajo hacia una cañada.

El tal pájaro debía ser el genio malo de Berenguer, puesto que le impulsó hacia el precipicio.

El Conde á caballo y los cetreros á pie, corrieron en pos del halcón escapado, y el primero, que llegó antes que todos, detúvose junto á una escarpada pendiente por donde bajábase á la cañada.

Miró hacia el fondo de ésta, por ver de descubrir al ave fugitiva, y quedóse inmóvil y como embebecido.

II.

Había en lo hondo de la cañada, en una planicie bastante extensa en donde descollaban algunas moreras, una casita blanca, toda rodeada de plantas parásitas y enredaderas. A la puerta, bajo los verdes festones de una parra, y sentada sobre un asiento de yeso anexo á la pared, estaba hilando una mujer. Era joven, y sólo el que ha visto á las huertanas de Valencia podría comprender la belleza y expresión de su incomparable tipo. Tenía en su rostro, en su garganta y brazos desnudos, *el color de la tierra*, esto es, el del arroz maduro, en una epidermis dura, fina y satinada, como se usa por aquellas comarcas. Los ojos eran valencianos por lo grandes, y andaluces por la llama intensa que despedían, y su boca se plegaba en una mueca de incomparable gracia. Sus manos descarnadas y algo largas, ponían el rocadero á la rueca, y uno de sus piececitos calzado de marroquí negro, ó séase cordobán, golpeaba impacientemente el suelo.

En este momento vióla el conde Berenguer, y como ya se ha dicho, quedóse embelesado.

Olvidó al halcón que huía, y hasta el cerco de Valencia: lo olvidó todo en la contemplación de aquella espléndida hermosura que ante sus ojos se ofrecía.

Algunos cetreros habían llegado al lado de su señor; éste les dijo:

– Esperadme aquí.

Y después comenzó á descender solo, por una senda mal diseñada y pedregosa que conducía al fondo de la cañada.

Dirigióse hacia la casita. La hilandera le vió aproximarse, pero no se movió de su sitio, tranquilizada sin duda por el buen aspecto del Conde; mas cuando llegó éste, dejó la rueca y púsose en pie.

El Conde, aunque no sentía sed, como pretexto para entablar conversación y para quizá entrar en la casa, la dijo:

– Gentil cañera, ¿puedes darme un poco de agua?

– Voy á servir á su señoría; – y como viese que Berenguer hacía ademán de seguirla, sacando rápidamente un taburete de madera labrada que había junto á la puerta, repuso:

– Sentaos, señor, y reposad.

– ¡Ah! – dijo el Conde, – ¿temes que entre en tu morada?

– Yo no temo nada, pero me he propuesto que nadie pise mi hogar en ausencia de mi marido.

– ¡Tu marido! y ¿quién es ese feliz mortal?

– Un hombre á quien amo y que me ama.

Y dichas estas palabras, entróse la hermosa en su casa y volvió á salir inmediatamente trayendo una alcarraza de barro y un cubilete, en una batea de madera, todo ello lleno de sutiles labores.

Vertió agua en el cubilete y se le ofreció al conde.

– ¡Por quien soy! – dijo éste, después que hubo bebido, – que todos estos enseres son de un trabajo primoroso.

– Obra de mi marido, señor, que es muy mañero.

– ¿Y quién es tu marido, del que tanto te ocupas; qué hace?

– Guerrear y quererme.

– ¿Es soldado?

– Arquero, señor, el más diestro de Valencia y Aragón.

– ¿Sería por ventura Torquil?

– Precisamente: ¿conocéisle, señor?

– No, pero la fama de su habilidad ha llegado á mí. Dicen que hace tiros fabulosos, que mata al vuelo los vencejos.

– Así es, señor.

– ¿Guerrea ahora?

– Hállase con el Cid Rodrigo en la campaña de la Rioja, pero no tardará en volver; pues según noticias está para terminar con la rendición de la fortaleza de Alfaro.

– Enhorabuena, pero de todos modos, lástima es que tan garrida persona como tú eres, viva retraída en sitio tan agreste. Parécesme una perla oculta en el fondo del mar.

– Señor, – dijo ella poniéndose seria, – habéis ya satisfecho la sed y si no tenéis otra cosa que mandarme...

– ¿Me despides?

– Os ruego que me permitáis atender á mis quehaceres.

– Eres asaz huraña.

– Nó, precavida, señor. Dicen que soy hermosa, y en verdad que lo siento, pues esta lindeza ya me ha causado disgustos. Los grandes señores, como poco tienen qué hacer, ocúpanse en cosas que no debieran.

– ¿Por ventura, alguno te ha requerido de amores?

– Pluguiese al cielo que así no fuera.

– Es que una vez vistos, no es posible resistir á tus encantos.

– Señor...

– Y yo, el conde Berenguer de Barcelona, te digo en puridad que si quisieras...

– Basta, señor, – interrumpió la joven, – no me traigáis los disgustos que me acarreó el conde D. García Ordóñez. Debéis saber que no por fútil motivo, hémonos retirado mi marido y yo á tan apartado lugar. ¡Dios os guarde! – Y dicho esto, entróse en la casa, dando, como vulgarmente se dice, al Conde con la puerta en los hocicos.

Estuvo éste á punto de insistir, pero se contuvo y fué á reunirse con sus cetreros.

III.

Desde aquel día la imagen de la hermosa habitante de la cañada perseguía á Berenguer: era una especie de obsesión de la que no podía librarse.

Intentó por todos los medios vencer el desdén de la arisca beldad, pero no pudo conseguirlo.

Los obstáculos acrecentaron la pasión ó capricho del Conde; y siguiendo las costumbres de aquellos tiempos en los que era inconcebible que una *villana* pudiera resistirse á un caballero, determinó obtener por la fuerza lo que no había podido conseguir de buen grado.

A las altas horas de una oscura noche, encaminóse sigilosamente á la cañada, acompañado de diez hombres de armas. Llamó á la puerta de la solitaria casita, y como no le abriesen después de dar repetidos golpes, mandó qué sus gentes forzasen aquélla y penetró en la morada seguido de algunos de los suyos. Allí, en la segunda pieza, halló una mujer tendida en el suelo y privada de sentido: el sobresalto sin duda habíala reducido á aquel estado.

Lo que allí sucedió fácil es adivinarlo.

Los satélites del Conde habíanse salido al exterior, y algún tiempo después, al romper el día, presentóse Berenguer en la puerta, en el preciso momento en que un hombre bajaba precipitadamente por la escabrosa senda que conducía á la cañada.

Aquel hombre, joven, alto y fornido, llevaba un arco atravesado al pecho á guisa de bandolera, un pequeño zurrón colgado de la cintura al lado izquierdo y un saetero al lado derecho.

Era Torquil el arquero, que volvía de la guerra.

Al asomarse á la cañada, á la luz del alba, había visto un grupo de hombres de armas á la puerta de su casa, é inquieto y admirado, bajó la pendiente casi precipitado.

Llegó á la puerta de su casa pocos instantes después de haber salido de ella el conde Berenguer, aproximóse al grupo y con voz jadeante de emoción y cansancio gritó:

– ¿Qué es esto, qué queréis á estas horas en mi casa?

El Conde supuso quién era, y viéndole requerir el arco, en vez de contestar, dijo á los suyos:

– Atad á ese hombre.

Echáronse los soldados sobre Torquil, que golpeaba violentamente la puerta de su casa en el momento en que se presentó en el umbral Marieta, que así se llamaba la mujer del arquero, pálida y con las ropas y cabellos en desorden.

– Torquil, – exclamó sollozando y señalando á Berenguer, – Torquil, ese es el felón, ese es el infame! – Y se dirigió á socorrer á su marido á quien los hombres de armas habían conseguido sujetar después de una desesperada resistencia.

– Encerrad á esa mujer en su casa, – mandó el Conde á los suyos.

Tres ó cuatro de estos condujeron, ó más bien arrastraron á Marieta al interior de su morada.

Torquil, presa de un paroxismo de desesperación y atado de pies y manos, se retorcía en el suelo, pugnando por romper sus ligaduras, increpando al Conde y á los suyos con los más ofensivos dicterios.

El orgullo de Berenguer no pudo resistir á aquella ofensa. ¡Un miserable arquero denostando al conde de Barcelona! Aquello era inaudito.

– Amordazad á ese hombre y apaleadle, – dijo á los suyos.

Y dada esta orden, sin mirar á aquel á quien había ofendido, montó en su caballo, que un escudero tenía de la rienda, y comenzó á alejarse siguiendo un sendero abierto en lo bajo de la cañada.

Se ignora si el conde Berenguer volvió á ocuparse de Marieta; es de suponer que saciado su brutal apetito no pensase más en ella.

IV

Cuando estrechaba más y más el cerco de Valencia y á punto de rendirse esta ciudad, supo el Conde que venía á socorrerla el temible campeador Cid Rodrigo de Vivar que estaba entonces en el apogeo de su gloria y de su fortuna. Berenguer, que sólo tenía una cualidad culminante, la actividad, distrajo algunas fuerzas del ejército sitiador, hizo alianza con Alfagib, rey de Denia, que deseaba vengarse de antiguas ofensas del guerrero castellano, y con numerosa hueste morisca, catalana y francesa, salió al encuentro de éste, que sólo traía siete mil hombres de guerra.

Encontráronse ambos ejércitos en tierra de Albarracín.

El Cid ocupaba las alturas de una cordillera. El Conde desafióle en una carta insolente á que bajase á la llanura: hízolo así el Campeador y dióse la batalla, que después de diversas peripecias, fué una gran victoria para los castellanos.

Berenguer y sus principales caudillos fueron hechos prisioneros, con cinco mil soldados más.

El Cid, sentado en un estrado de su tienda, recibió al Conde que deseaba hablarle, pero no consintió en oirle, sino que con acento airado le dijo:

– Por insolente, no por prisionero, os desprecio, y en prueba de que es así os dejo en libertad. Volveos á Valencia para que pueda venceros por segunda vez. Idos.

Berenguer se retiró confuso y humillado, y cuando salía de la tienda seguido de algunos de los suyos, cruzó el aire una saeta y vino á clavársele en el ojo izquierdo.

Cayó en tierra el Conde vencido por el dolor, fué auxiliado y curado con esmero y pudo restablecerse, aunque quedando tuerto como es consiguiente.

Al arrancar la jara del ojo herido, notóse que en el palo traía arrollado un pergamino y en él un letrero que decía así:

«Al ojo izquierdo del conde Berenguer en castigo de haber ultrajado á una mujer honrada.»

Nadie pudo averiguar la procedencia de aquella flecha; pero el paciente recordó á Torquil el arquero.



DANZA DE LAS ESPADAS EN MONTENEGRO, cuadro de P. Joanovich

Aprovechándose de la generosidad del Cid, y curado de su herida, volvió Berenguer á Valencia, que con la esperanza de socorro, aun no se había rendido. Temía aquél el empuje del Campeador, pero confióse en los accidentes de la fortuna, y además apercibió una nave en el puerto para huir en caso necesario.

No se engañó en sus suposiciones. El Cid no pudo auxiliar á aquella ciudad, porque vínosele encima su mortal enemigo, D. García Ordóñez, conde de Nájera, á quien ya anteriormente había vencido, pero que repuesto de sus derrotas consiguió reunir un poderoso ejército.

Alentado Berenguer por este obstáculo que se oponía al Campeador, estrechó con más rigor á la ciudad que sitiaba, diezmada por el hambre. Apoderóse del arrabal de Alcudia y entonces los sitiados negociaron la rendición. El Conde esperaba á los mensajeros frente á la puerta de Alcántara, cuando sintió un golpe y un dolor penetrante en el ojo derecho y cayó del caballo.

Era una segunda saeta, que como la primera llevaba un pergamino arrollado en el que se decía:

«Al ojo derecho del conde Berenguer, en castigo de haber ofendido á un esposo y mandado apalear á un hombre.»

V

Estuvo el Conde en grave peligro, mas por fin entró en vías de curación, merced á la ciencia de un médico árabe llamado Abiabar. Apenas se mejoró un poco, hizo levantar el sitio de Valencia, cuyos moradores seguían resistiendo á causa de la desgracia acaecida al caudillo sitiador. Pidió éste que le trasladaran al castillo de Denia y allí, encerrado entre cuatro paredes, según expresión vulgar, atendió á su restablecimiento.

Hallábase ciego.

Operóse sin duda una gran reacción en su carácter. No permitía que le hablaran de cosas de gobernación ni de guerra. Indicáronle que debía buscarse al arquero que disparó la fatal saeta, que debería estar en Valencia; pero él prohibiólo terminantemente: quizá le remordía la conciencia.

Apoderóse de él un pánico terrible, hízose rodear de grandes precauciones de seguridad y no salía de su aposento. Cuando se halló restablecido trasladóse á la fortaleza de Sarriá en la cordillera de Monjuich haciéndose llevar en una litera chapeada de hierro.

Indudablemente le preocupaba la idea de una tercera flecha que pudiera alcanzarle; así es que una vez ya en la fortaleza hizo abarrotar menudamente todas las ventanas y tragaluces de esta.

No salía jamás al exterior y sólo paseaba entre murallas apoyado en el brazo de su antiguo maestresala.

Pero no sé quién ha dicho que la precaución atrae el peligro, y así fué respecto al conde Berenguer. En la suerte de este desgraciado príncipe hay algo de castigo providencial.

La plataforma del castillo era honda y estaba almenada. El Conde había mandado tapiar de argamasa los huecos de las almenas con objeto de tomar sin peligro el aire libre, que habíanle recomendado los médicos.

Una calurosa mañana, después de una noche de tormenta, paseaba el Conde por la plataforma guiado por su fiel servidor. La imprevisión de las gentes de la fortaleza no había notado que parte de una almena y el rompimiento anexo estaban derruidos á consecuencia, sin duda, de algún rayo ó exhalación. Al llegar á este sitio, y antes de que el maestresala pudiera advertir el hundimiento, Berenguer que andaba, siguiendo el lado izquierdo del almenaje, sintió un golpe en el corazón y cayó á tierra instantáneamente.

Habíale herido una tercera saeta, que como las anteriores tenía un pergamino arrollado, en el que se consignaba este fatal estigma:

«Al corazón del conde Berenguer. Ojo por ojo, diente por diente, vida por vida. Marieta, muerta de vergüenza y de dolor, está vengada.»

———

Esta es la historia del conde Berenguer. No sólo los campesinos la comentan sino que algún poeta popular ha escrito sobre ella un romance en dialecto catalán vertido al castellano por el inolvidable Roberto Robert, cuyo final dice así:

¡Permita el cielo que haya
Para quien falta á la ley,
Las flechas que hubo Torquil
Para el conde Berenguer!

F. Moreno Godino

LOS LADRONES

Los eruditos y los filólogos han consignado que el nombre de España, *Hispania*, tiene origen fenicio y que significa, en la lengua que por entonces se hablaba en Tiro, país ó tierra de conejos.

Perfectamente: nuestros antiguos descubridores tomaron la tierra de España por una inmensa conejera. No está mal definida, porque verdaderamente los conejos abundan en nuestros montes, nuestros valles y nuestros sotos.

Pero si el nombre ha de responder á la cosa que más carácter da al país á que se aplica, por su abundancia, como la Bahía de los mosquitos, por los muchos que hay en aquella región americana, y Costa de Oro, en Africa, por el mucho polvo aurífero que por ella se extrae, bien pudo y debió llamarse España país de los ladrones, por los muchos y muy ilustres que hubo en todos tiempos, con maravillosa variedad en especies, géneros y personas.

De este modo, en vez de tener á España por una inmensa y prolífica conejera, se hubiera llamado la gran ladronera, y los fenicios no hubieran tomado, como les sucedió, el rábano por las hojas.

Y no hay que escandalizarse por ello, ni fruncir desdeñosamente los labios:

Arrojar la cara importa
Que el espejo no hay por qué.

Lo saben todos los chicos de las escuelas, y lo saben en verso, que es lo peor.

Viriato guerrero,
Pasando de pastor á bandolero, etc. etc.

Portugués ó español, el Guadiana no hace al caso, lo mismo tiene! Y vaya si Viriato nos prestó por entonces un gran servicio!

Los ladrones en España han tomado todas las formas y han pertenecido, y aun pertenecen algunos, que es lo más malo, á todas las clases sociales.

Los ladrones legendarios, los tomadores, los espadistas, los rateros y los ratas. Los que visten capa y marsellés; los de chaqueta, los de blusa, los de levita y á veces frac y corbata blanca: contratistas algunos de estos últimos, y más usureros otros que el Matatías de *Robinson.*

Los caminos reales, y aun los ferrocarriles á veces, tienen sus ladrones en cuadrilla que se las componen á tiro limpio. Las encrucijadas, sus sorpresas y sus secuestros, hechos en general con muchísima finura y gran respeto á los robados. Las calles, las plazas, las iglesias, los teatros y todos los sitios de gran concurrencia en nuestras poblaciones cuentan con un escogido contingente de tomadores y rateros.

La administración pública, acaso por no ser menos, registra en sus anales, muy á menudo por cierto, irregularidades, filtraciones, desfalcos y fruta por el estilo. Cuando puede ser metálico ó billetes de banco, mejor, pero sino,



GENIO Y FIGURA..... cuadro de Pietro Salvini



EL CÁNTARO ROTO, cuadro de Bonnat; grabado por Baude



LOS NIÑOS Y EL CORDERO, cuadro de Pedro Pablo Rubens, grabado por Weber

Existente en el Museo Imperial de Pinturas de Belvedere de Viena



RETRATO DE MLLE. T. SCHWARTZE, hecho por ella misma

hay que contentarse con carpetas de la deuda y efectos timbrados. Y la verdad es que para una deuda de quince ó veinte mil millones de reales, deuda impagable que tiene la nación, cinco ó seis millones más ó menos es una bicoca.

Diego Corrientes, Jaime el Barbudo, el Renegado, José María *el tempranillo*, Juan Caballero, el Barberillo de Estepa, Caparrota, Navarro, los niños de Ecija, los Botijas, los dos Pacheco, el niño de Baenes, Melgares y el Bizco del Borja, antes y después de la Santa Hermandad; antes de la Guardia civil, con la Guardia civil y después de la Guardia civil, á pesar de todo; ladrones legendarios de esta tierra de España; divinizados en el teatro; elevados al cubo en las novelas; socialistas de abolengo; repartidores de la propiedad á su manera; aquellos de quienes dijo un poeta, poco más ó menos:

Que si á los ricos robaban,
Á los pobres socorrían.

Con lo cual queda establecida la compensación; pléyade de gigantes, pasasteis para no volver.

Ahora, en el presente momento histórico, estamos por la astucia y la destreza. Nos decidimos por los monederos falsos, por los suplantadores de firmas, por los empleados que se pasan de listos, por los bolsistas que no se prestan á liquidar nunca y con algunos carteros avezados á guardarse para sí la correspondencia de los demás, no por curiosidad, seguramente, no hay que hacerles semejante ofensa, sino por si viene dentro algún billete ó libranza utilizable.

Más que el *dengue* y el *trancazo*, y el mismo cólera morbo, nos abruma esta plaga.

Un día dijo O'Donnell, que era hombre que decía cada verdad como un puño, que España era un presidio suelto.

Pues nada: sigue suelto todavía.

Porque además de los ladrones de profesión, que son muchos, roban los ladrones de afición, que son más. Ya saben nuestros lectores la calamidad que siempre son los aficionados: lo mismo al arte de Talía, que al de Rossini ó Caco.

Diz que los lacedemonios premiaban el robo hecho con habilidad. Aquí no habría cruces ni distinciones para tanto.

Los Juanes y los Pedros y las *Menegilaas* que van á la compra y sisan al menudeo, cosa que al fin no da motivo á que las Cortes se ocupen de ello, como de las sisas en el Ayuntamiento de Madrid, de ejemplo edificante para las demás corporaciones municipales del reino; los vendedores que no sólo escatiman, sino que merman los géneros en las espuertas de cada uno de aquellos sirvientes, para que les dé, y sobre, qué regalar diariamente á los últimos, y los mercaderes que miden metros. canas ó varas incompletos, no son, en puridad, mas que ladrones de afición. Los honradísimos empleados que prefieren enterarse de la cosa pública por los periódicos, precisamente en las horas de oficina, á calentarse la cabeza en informar y resolver expedientes, esos no roban más que la paga que cobran, y esto es todo.

Los contrabandistas... estos no roban más que al tesoro, que de puro robado ya no le hace mella. Señoras y caballeros, muy caballeros y muy señoras por otra parte, se suelen contar con fruición cómo á la vuelta de una expedición veraniega se la han pegado á interventores y carabineros; lo mismo en la frontera de Francia y en la línea del Ebro, que en la del Guadiana, en San Roque como en Algeciras; aparte de los contrabandistas de pelo en pecho que se ocupan en tirar al blanco sobre los carabineros y sus jefes, y aparte también de las muy respetables casas mercantiles que, por quitarse de ruidos, pretenden entenderse con los empleados y agentes del fisco.

Los que toman dinero por un servicio que no prestan, los que prestan embrollando la liquidación, los peritos tasadores que se equivocan siempre en un sentido, los vistas miopes y los que padecen de daltonismo y por lo tanto todo lo ven del color del dinero y los... y los... y los..., aquí puede ponerse toda la gente fina y ordinaria que se quiera, todos roban sin temor de Dios.

Los que afanosos de hacer felices todas las localidades de España abandonan todos sus asuntos, si es que algún asunto tienen, y se dedican á la carrera de concejal, que la entienden á maravilla:

Los jugadores de ventaja que van á golpe seguro:

Los descendientes y universales herederos de Candelas:

Las muchas doña Baldomera que andan por el mundo:

Algunas sociedades de emigración y de liberación de quintos:

Los que con infidencia manejan dotes y patronatos:

Todos ellos y ellas son aventajados discípulos de Mercurio, de Gestas y de Caco.

Nuestros gobernantes vieron, y vieron bien, que el ramo de Higiene andaba mal y se lo traspasaron, con todas sus incidencias y consecuencias, á los respectivos Ayuntamientos desde los Gobiernos civiles donde radicaba. Efectivamente, andaba mal, pero ahora dicen que anda peor.

En cuanto á los robos sacrílegos van perdiendo la gracia, con esto de la plata Meneses y la plata Ruolz, y aun la depreciación de la misma plata de ley.

No hay que cansarse. Si el precepto de no robar se mantiene firme en el Código religioso y en el civil, ni hay confesores en España que puedan con tanta absolución como se necesita, ni jueces ni jurados que no se cansen, ni presidios donde quepan los delincuentes. Por ello, y repetimos el dicho del Gran Cristiano, hay que convenir en que es España un presidio suelto, como que dentro no caben todos los ladrones que andan por fuera.

Nosotros llevamos á Cuba, con la religión y la cultura y la lengua y las costumbres, la mala costumbre de robar. Por eso hay en Cuba tanto bandolerismo y tanto incendiario y tanto secuestrador; tierra fertilísima como es, ha dado su fruto; sin que tampoco falten en las repúblicas americanas del continente, que son al cabo de origen español.

No hay *buffet* donde no se tomen, ó se quiten, es lo mismo, guardándolos *para luego*, los cigarros; ni faltan fracs con bolsillos de hule para llevarse el jamón y otras menudencias.

En cuanto á islas, tenemos las Marianas, ó de los ladrones. Estas islas no pueden, ni deben, pertenecer nunca más que á España.

Nosotros saqueamos á Roma en tiempo de Carlos I, según la historia, con una especie de fruición místico-religiosa, de que aun conservan memoria los palacios de los cardenales de la Ciudad Eterna.

Nosotros, por robar, robamos hasta lo que no nos sirve. De modo que el carácter distintivo español en general es noble, valiente, sufrido y generoso, pero ladrón.

Bien podía San Dimas, que es el único ladrón que según nuestras noticias ha entrado en el cielo, pedir á Dios una modificación, ó una transferencia de crédito para quitarnos á los españoles semejante sambenito.

AGUSTÍN GONZÁLEZ RUANO.

CAMBIO DE FRENTE

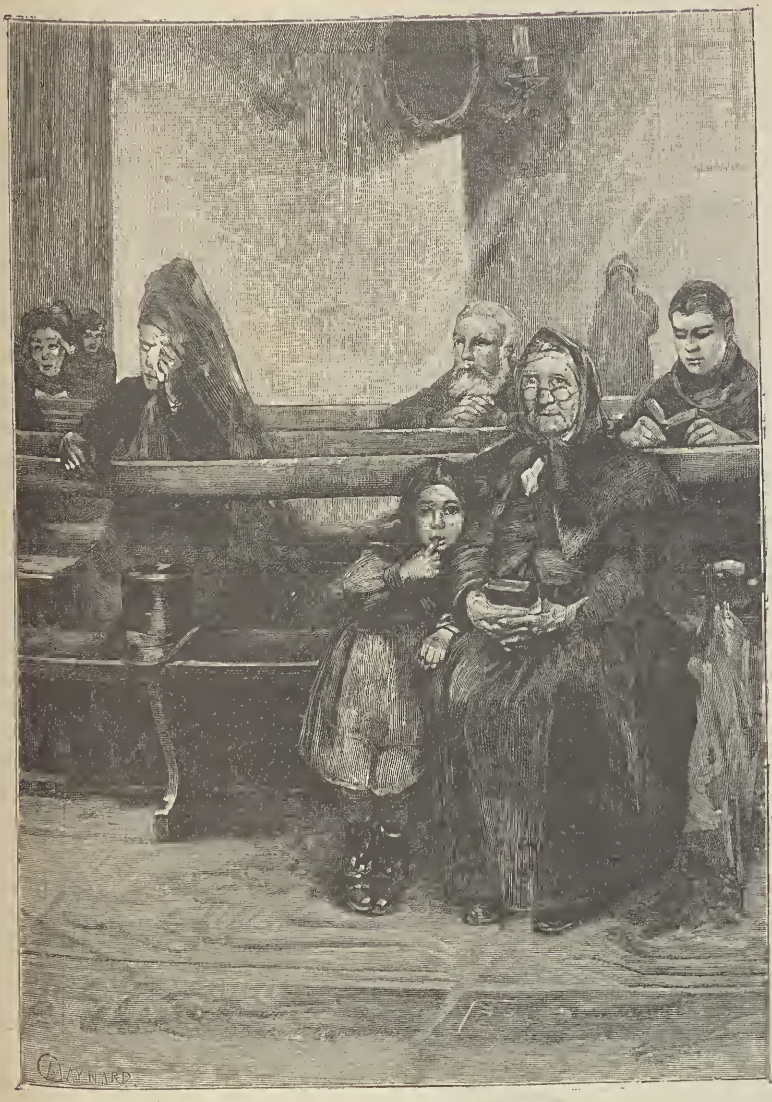
Sesenta y cinco años de edad con reuma y gota por contera, una renta enorme, la faja y los entorchados de teniente general, no tener familia, la conciencia remordiendo antiguos pecadillos juveniles, vivir en un hotel de la Castellana, sin más compañía que la de asalariados domésticos, son circunstancias que cada una por sí sola pudiera haber sido parte, ya de dicha, ya de infortunio; pero que todas juntas, como sucedía en el general Guzmán, infaliblemente producen la desgracia, el mal humor y las ganas de maldecir á todo el género humano. Así el infeliz general había criado una fama tal de hombre arisco, intolerable, imposible, que nadie quería tratarse con él; y ni aun á doble precio gustaban los del gremio de sirvientes ejercer cerca de él sus funciones. Sólo Anselmo, el portero, había echado raíces en la casa, y esto se explicaba por ser Anselmo muy buen hombre en primer lugar, resignado y sufrido por demás, y en segundo, por haber sido asistente del general, allá en los gloriosos días de la guerra de Africa.

Faltábale mucho á Lola, la hija de Anselmo, para ser una hermosa muchacha, tal y como por acá concebimos el ideal de la belleza en la mujer. Más bien alta que baja, su cuerpecillo mostraba esa esbeltez quebradiza, poco sólida, graciosa si se quiere, de las hijas del pueblo de Madrid; pero que no es resultado como en las Venus que nos legaron los escultores clásicos, de la sublime armonía y exquisita elegancia de las líneas y formas, sino de la falta de formas y verdaderas líneas. El cuello era largo, delgado y blanco, y sobre él descansaba una cabecita, sofocada por la abundancia de pelo castaño, casi negro, y ennoblecida por la expresión muy viva é inteligente de unos ojos pardos, más graciosos que grandes. Lo peor de la faz estaba en la nariz, que era pequeña y algo remangada. La boca en cambio se pasaba de amplia; pero no la jugaba mal, y tenía igualitos y bien cuidados los dientes. El conjunto era verdaderamente agradable, y como se reunía que la chica era lista y parlanchina, y se sabía que era buena, había por demás para que Pepe bebiese, como bebía, en efecto, los vientos por ella.

Era este Pepe un mocetón que allá en su pueblo, hacía ya unos diez años, siendo él un niño de doce, fué sacado



POR TURNO, cuadro de M. Lambert



DEVOCIÓN, cuadro de Vallandet

de la casa de sus padres, humildísimos labradores, por el cura del lugar que tuvo, entre muchísimas virtudes y muchísimos aciertos, la debilidad de creer que Pepito era listísimo y madera á propósito para hacer de él un santo varón, docto en teología y ejemplar sacerdote. En casa del buen cura cursó Pepe la gramática, y á expensas del mismo párroco siguió luego más finos estudios en el Seminario de X. Pero al llegar á los veinte años, ó porque su protector había muerto ó por ser él tornadizo ó porque Dios no le llamaba por el camino del sacerdocio, lo cierto es que abandonó la teología, y se vino á Madrid, dispuesto á conquistar España entera en un par de meses, ó sea, á que lo eligiesen diputado á Cortes y en seguida ministro, y ainda mais. Una de las ideas fundamentales de Pepito cuando dejó el Seminario, era que siendo seglar es fácil ser ministro de la corona; y habiendo leído y oído muchas veces que lo verdaderamente arduo y digno del hombre, no es conseguir las grandezas mundanas, sino despreciarlas y hacerse superior á ellas, se figuraba con modestia que dejando él de pretender esta superioridad, con facilidad suma encontraríase al nivel de todas las pompas terrenales, y sólo con dar oídos al tentador tendría á la mano reinos y señoríos sin cuento.

Pero se equivocó, y lo único que por lo pronto halló en Madrid fueron malas caras, puertas cerradas, días sin pan y hasta noches sin más abrigo que el del firmamento.

Con todo esto, á los tres ó cuatro meses de su entrada triunfal por la Puerta de Toledo, daba compasión el antes rollizo seminarista de X. Por lo enjuto parecía la vera efigie de D. Quijote. Y de ropaje andaba tan mal que aquellos ya no eran pantalones, ni americana, ni sombrero hongo, sino un mero pretexto para que no lo metiesen en la cárcel por andar en cueros por las calles.

Y no era esto lo peor, sino que á Pepe le faltó la paciencia y la resignación cristiana, con las que de seguro hubiese hecho más llevadera su miseria, y se dedicó á maldecir, no sólo de los hombres, sino de aquellas cosas altísimas, sagradas y tremendas, contra las que ningún sér creado debe volverse nunca sin reverencia suma...

Se hizo ateo. Renegó de la religión de sus padres. Decía que, pues él, siendo tan buena persona, no tenía qué comer, era absurdo suponer la infalibilidad del Pontífice romano.

Estas y otras cosas disparatadas y desesperadas las decía, entre ternos de carretero y lamentos que á cualquiera hubieran movido á lástima, á un primo suyo, zapatero de lo viejo, establecido en un mal cajón, casi al final de la calle de Serrano. Llamábase el Crispín Calixto, y en el barrio le decían D. Calixto, por respeto al bosque de barbas que lucía bajo su recta nariz judaica y que le daba un aspecto venerable de viejo rabino. Era hombre de muy cortos alcances, aunque no de mal corazón; leía *El Cencerro* todos los lunes y *El Motín* todos los jueves; pasaba por buen demagogo, enemigo de curas y frailes, y entre él y un cochero de punto, que junto al cajón tenía la parada, hubiesen sido capaces de prender fuego á Madrid para acabar de una vez con las picardías de ricos y tonsurados.

En el cajón de Calixto solía guarecerse Pepe cuando no encontraba más cómodo alojamiento. Por las tardes, de dos á cuatro, allí se le hallaba sin remedio, disertando con el zapatero y con el cochero acerca de los problemas más trascendentales.

– Pero ¿cuándo acabamos con el Papa? preguntaba el cochero.

– ¿Cómo quiere V. que acabemos con él si el rey de Italia está vendido á la curia? – Esta observación era de Pepe.

Pepe disparataba á sabiendas de que lo hacía por secreto y malvado espíritu de venganza contra el género humano, que no atendía, como debiera, á satisfacer las necesidades del misérrimo seminarista.

Y como suele suceder, cada vez le iba pareciendo á él que sus disparates eran menos disparates, esto es, que á fuerza de mentir iba creyendo ó tomando por verdades sus propias mentiras.

Calixto y Roque, el cochero, oían á Pepe como á un oráculo.

Anochecía una hermosa tarde de primavera. Por la puerta del cajón de Calixto entraban á tibios raudales los efluvios fragantes de las vecinas acacias... El zapatero, arrimado á la ventana, procuraba sacar el partido posible de los últimos resplandores del día para rematar un par de botas que le habían encargado con urgencia aquella mañana. Pepe y Roque, sentados en sendos taburetes de madera, en lo más oscuro del interior del cajón, acompañaban con su charla la angustiosa faena.

– ¡Maestro! ¿y mis botas?

Así dijo desde la calle, con vocecita fresca y atiplada, una muchacha que no era otra que Lola, la hija de Anselmo.

– Mira, Lolilla, en la mano las tengo... Si te aguardas cinco minutos te las llevas.

– Tengo mucha prisa, D. Calixto.

– ¡Andarás de novenas ó setenarios! Mira, chicuela, con más gusto acabaría las botas si fueses á lucirlas en un baile.

– ¿Y V. qué tiene que ver con eso, D. Calixto? ¿Lleva usted más barato á las que van de baile?

– No; pero me da grima que las mozas de búten como tú crean en curas y sacristanes...

– ¡Dale bola!... Y qué pelma es V.!... Acabe las botas y en paz... Pues, sí señor, que tengo que cenar de prisa y corriendo para irme á las *Flores de Mayo*.

– ¡Las flores de Mayo! Ja, ja, ja! exclamó el zapatero.

Lola se quedó cortada. Interiormente se decía en aquel momento:

– ¡Y quién me habrá mandado á mí traer mis botas á este tío!

– No tienes razón, dijo una voz que salió de lo más oscuro del humilde establecimiento. Las flores de Mayo son una devoción poética, y muy propia de las niñas bonitas.

– Ahora sales con esas, Pepete?

– Sí señor, y no seas burro, que una cosa es que los hombres discutamos con libertad, y otra que respetemos las creencias de los demás.

Ninguno de los allí presentes entendió ni una palabra de lo que Pepe quería decir; pero á Lola sonó aquello á defensa de las flores de Mayo, y por lo mismo le fué simpática la voz que lo decía.

Pepe se levantó y salió. Lola pudo verlo á la dulce penumbra crepuscular que ya reinaba en la calle. Le pareció un señorito mal trajeado, y la verdad, no le pareció feo. Este juicio no era injusto; porque aunque Pepe no fuese un Adonis ni un Apolo, para lo que en hombres se estila, no resultaba mal.

En tono desabrido, dijo Pepe: *Buenas noches;* y á paso largo se alejó de allí.

– ¿Quién es ese? preguntó Lola sin poder contener la curiosidad propia de su sexo, en cuanto Pepe se hubo marchado.

– Ahí le tienes, dijo sentenciosamente Calixto. Ese muchacho que ves tan mal trajeado sabe más que todos los curas juntos, y ya debía de ser por lo menos alcalde primero y no es más que un pelagatos con más hambre que un maestro de escuela, con unas boqueras que ya, ya... No tiene casa, ni hogar, y si uno no tuviera una miajita de consideración, vamos al decir, de caridad, ya se habría muerto por esas calles... Hombre de bien sí es; pero ¿qué vale eso en estos tiempos?

– ¡Pobrecito! exclamó Lola.

Y ¡cosa rara! Este ¡pobrecito! siguió vibrando mucho tiempo en el corazón de Lola. Sin saber por qué, una inmensa lástima se apoderó de ella hacia el desconocido; llegó á figurarse que aquel amigo de Calixto era uno de esos genios legendarios que ocultan bajo la capa de la miseria los más vastos proyectos y las ideas más fecundas y salvadoras. ¿A qué contar aquí de qué manera llegaron á ser novios Pepe y Lola? Baste decir que lo llegaron á ser, y que se amaron con delirio.

La fuerza y la gracia eran los componentes de aquella unión. Pepe quería con verdadero delirio á su Lola; pero era un amor el suyo, más semita que aryo, amor lleno de celos frenéticos, como el que siente el árabe por la bella odalisca, el amor de la tragedia... El amor de Lola, por el contrario, era dulce y afectuoso, tímido y ultra casto. Lola era la heroína posible de un idilio; Pepe el posible protagonista de un drama, de esos que suelen acabar mal. El drama y el idilio reunidos formaban unas relaciones honestas en que por cada hora de ternura se contaban once de discusiones y verdaderas riñas. Pepe gritaba como un energúmeno; Lola lloraba: ambos estaban en su papel.

Pepe se opuso resueltamente á que Lola siguiera yendo al taller. Y Lola, débil ante las exigencias de Pepe, se hizo fortísima ante las reconvenciones de su madre y ante los ásperos mandatos de su padre. Se empleó contra ella hasta la violencia física; hubo golpes y amenazas horribles... Nada: todo se doblegó ante aquel valor que precisamente se fundaba en el miedo que tenía la niña á su novio.

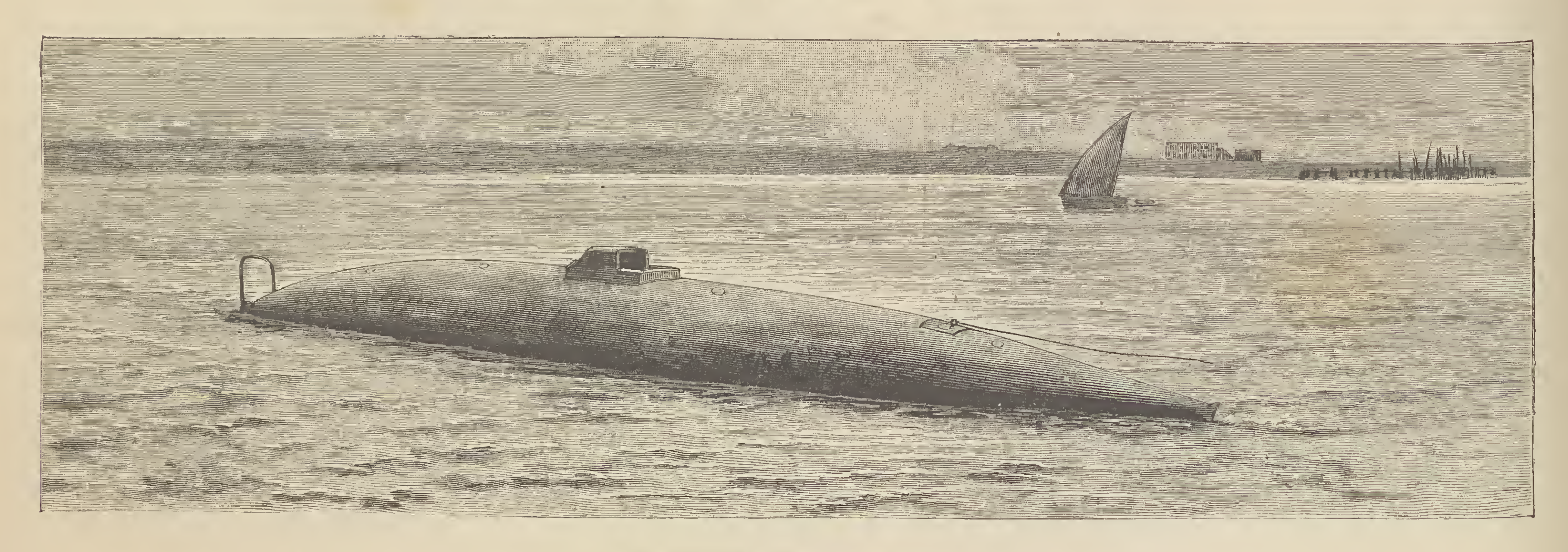
* * *

Mientras tanto, el general allá arriba, en su lujoso departamento, se daba tanta prisa á maldecir, á regañar, á rabiar consigo mismo y con los demás, que ya era un problema saber de qué términos podría valerse para maldecir más, regañar más y más rabiar. Los criados no paraban en la casa ni dos días. Al último ayuda de cámara hubo que indemnizarle con más de 1000 pesetas una he-

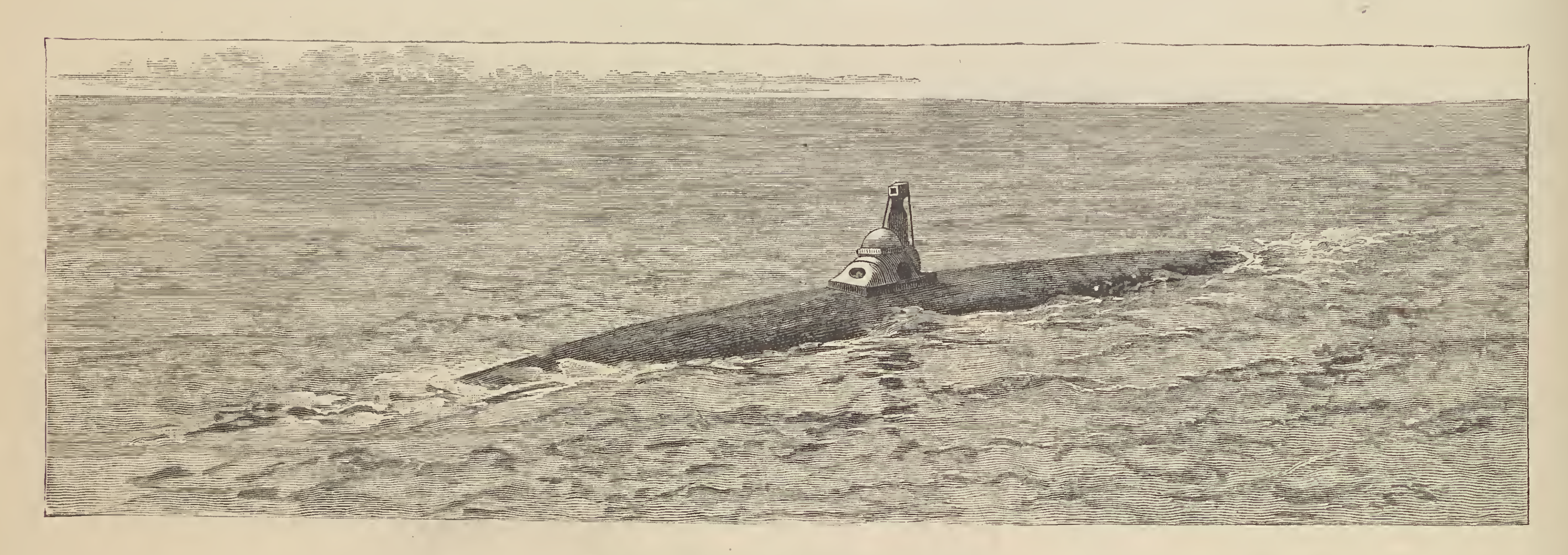


EL LABORATORIO MUNICIPAL DE PARIS, cuadro de F. Gueldry

PRUEBAS DEL SUBMARINO «PERAL»



EL SUBMARINO Á FLOTE



EL SUBMARINO SUMERGIÉNDOSE

rida que S. E. se había servido abrirle en la cabeza con la punta de una bota de montar, que le arrojó en uno de sus frecuentísimos accesos de ira. Ya no había cocinero, ni cocinera, ni pinche; la comida venía de Lardy todos los días. Finalmente, el perro Chou dió en ladrar cuando Su Excelencia conciliaba el sueño, y S. E., no pudiendo sufrir esto, aunque tenía cariño al animal, se levantó cierta noche de la butaca en que dormía, y cogiendo al pobre animal por las patas se fué con él á la ventana, y con una tremenda maldición al demonio, lo tiró, con tal violencia, que al llegar al suelo del jardín no era el infeliz can sino un informe revoltijo de huesos, carne y sangre Anselmo, Marta y Lola se levantaron sobresaltados, creyendo que el general había concluído consigo mismo, esto es, que se había suicidado. Cuando vieron que el cadáver no era el del general, sino el del perro, Lola no pudo contener las lágrimas, y Marta, furiosa, decía á su marido:

– Mira, vámonos de aquí ahora mismo. El mejor día lo hace con nosotros... Ese hombre ya no es una fiera, es un demonio salido del averno... A mí me da miedo estar aquí... Esta casa huele á azufre... ¡Pobre Chou!... tan hermoso y que tanto quería á su amo!...

Por arriba se oían puertas abiertas y cerradas con violencia suma, puñetazos dados sobre muebles, cristalería rota con estrépito.

– ¡Pero si ha debido volverse loco! dijo Anselmo, y subió al principal del hotel.

– ¿Qué quieres, borrico? – fué la salutación con que lo recibió el general. – ¿No te tengo dicho que te bajes el perro? Si lo hubieras hecho, me habrías evitado ahora el disgusto de matarlo... Animal, zopenco, grandísimo pillo...

Anselmo, cuadrado ante el general, no rechistaba.

– Y ya lo oyes. Tu mujer me está faltando al respeto y alborotando la vecindad. Esto es insufrible... Ahora mismo bajo á romperle la cabeza.

Anselmo se acercó á una ventana, y gritó:

– Marta... A callar!

Pero ¡qué! Marta se iba á callar! Bajo su cortesanía afectada de portera de casa grande, conservaba íntegra la madre de Lola, no sólo su altivez de castellana vieja, sino toda su rudeza de mujer del pueblo mal educada. ¡Y estaba hasta el moño!

– ¿Qué me he de callar? Ni tú debes callarte tampoco... Pues no faltaba más! Yo me voy en cuanto amanezca con mi hija, y si tú quieres quedarte con ese loco, quédate... Pero la hija de mi madre no sufre ya más barbaridades.

– Métase V. la lengua en donde le quepa, rugió el general asomándose á la ventana. Y tenga cuidado no baje yo á sacársela...

– Baje V., gritó Marta poniéndose en jarras en actitud de desafío, desbordados ya y en el paroxismo todos sus instintos de chula. Baje V. si tiene alma... Generales á mí... ¡Viejo gotoso!... ¡Cobardón!... Con perros se atreverá V.!

– ¿Oyes? ¿oyes? decía el general á su fiel Anselmo. ¿Oyes á tu mujercita? Anda con esa... ¡La que parecía una malva!

Y cosa rara, se calló y se metió para adentro, no sin despedir antes á Anselmo. No se le volvió á oir en toda la noche.

Y toda la noche Anselmo y Marta siguieron disputando. En una sola cosa convenían: en que habían dejado de ser porteros del hotel. ¡Buen genio tenía el general para tolerar lo sucedido!

Apenas amaneció, Marta empezó á tomar sus disposiciones para verificar la mudanza que se imponía. En esto andaba ocupada cuando oyó que llamaban á la puertecilla de cristales del pabelloncito porteril.

Acudió, y no sin sorpresa vió que el que llamaba era el general.

– No, pues si este viene á pegar, quizás encuentre la horma de su zapato.

Y se puso en guardia.

– Buenos días, dijo el general en tono casi afectuoso. Y ¡qué fuerte le da á V. por la muerte de un perro!

El tono del anciano desarmó á Marta. No supo qué decir. Sólo se atrevió á balbucear:

– Señor...

– Nada, demonio, hace V. bien. Es V. una mujer de alma... Así me gustan á mí las gentes... Aquí todo el mundo se empeña en darme la razón siempre, y eso no puede ser; eso es insufrible. Si yo hubiera tenido á mi lado valientes como V. y no papanatas y pazguatos del demonio, otro gallo me cantara y nos cantara á todos... Marta, desde hoy, V. y yo somos amigos; cuando yo sienta la necesidad de rabiar la llamaré á V. y nos pelearemos... Eso cría buena sangre.

Y el general, sonriéndose, se salió á la calle.

Lo cierto es que el general desde aquel día se humanizó extraordinariamente con la familia de Anselmo, y que, aunque á éste seguía llamándole bruto, animal, zopenco y otras cosas por el estilo, tenía con él ratos de expansión y confianza que hacía tiempo que no se veían en el feroz anciano.

– Tú eres un hombre feliz, díjole un día mientras Anselmo le limpiaba la ropa (como se habían marchado todos los domésticos, Anselmo tenía que hacer de ayuda de cámara). Eres un hombre, repito, felicísimo, y yo de buena gana cambiaria por tu pobreza y tu dicha mis entorchados, mi sueldo y mis posesiones.

– Señor...

– Lo que oyes. Tú tienes quien te quiera desinteresadamente, y yo no. Tu mujer es una gruñona del demonio; pero es tu mujer, y sería capaz de dar por tí la sangre de sus venas. Tu hija es un prodigio de gracias y de talento...

– Que ahora, señor, se ha empeñado en no ir al taller en que ya nos ganaba siete reales...

– Y hace muy bien, animal, hace muy bien. En esos talleres no aprenden las niñas cosa buena. Pero vosotros sois unos usureros de marca mayor que por siete reales sois capaces de entregar vuestras hijas al demonio...

– Pero, señor, piense V. E. que la mujer que quiere ser honrada, ella sola se guarda, y que con lo que yo gano no hay para empezar...

– Ladino, tú quieres que yo te suba el salario...

– ¡Oh!... no señor.

– No me vengas con chilindrinas... Te conozco perfectamente desde que me limpiabas la ropa y me preparabas el caballo, allá en Africa... ¡Oh, qué tiempos aquellos! ¿te acuerdas, Anselmete? Eran mejores tiempos que estos. Yo no tenía un cuarto; mi paga de coronel la pegaba en el bolsillo del habilitado... Pero era feliz... Y qué gusto me daba ver el regimiento tan hermoso y lucido, que la víspera de la batalla de Tetuán me dijo O'Donnell: Guzmán, con tres regimientos como éste me voy derecho á Fez...

– ¡Como que el regimiento de V. E. era el mejor del ejército!

– Mío no, era el regimiento de todos, el tuyo también... Pero quedamos en que tú quieres más jornal.

– No, no señor, de ninguna manera.

– Vamos. Desde hoy cuenta con diez reales de plus, siete por los que deja de ganar tu hija, á la que desde hoy nombro mi costurera, y tendrá la bondad de repasar mi ropa blanca, y tres por los servicios que me prestas de ayuda de cámara.

Angel Salcedo Ruiz.

(Se continuará)

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón